

Luis Buñuel. *Mi último suspiro. Con un prólogo de David Trueba*, Taurus Penguin- Random House, Barcelona, 2018.

<https://www.marcialpons.es/editoriales/editorial-taurus/4748/>

## Reseña de Josep Palomero

Espejos retrospectivos y avatares anticipados. Estudios sobre Vicente Llorens y otras relecturas de las emigraciones políticas del XIX por los exiliados españoles de 1939. Edición de Manuel Aznar Soler y Fernando Durán López. Sevilla, 2017. *Renacimiento, Biblioteca del Exilio*, 32, 311 páginas.

Como se indica en la Introducción de este volumen (Desastradas figuras: ‘desastradas’: desfavorecidas por los astros, desventuradas, infortunadas), en el transcurso del año 2016 se celebraron dos encuentros a propósito de este tema, uno en la Universitat Autònoma de Barcelona y otro en la Universidad de Cádiz, cuyos antecedentes habían tenido lugar en 2006 en la Biblioteca Valenciana (Jornadas Internacionales sobre el “Centenario de Vicente Llorens –1906-2006–: la historia de

los exilios culturales españoles”, trabajos que se publicaron en *Laberintos*, 6-7) y en 2008 en los Cursos de Verano de la Universidad de Cádiz (“Diálogo entre exilios: 1814-1823-1939”). En ambas jornadas se profundizó en la figura del profesor Vicente Llorens Castillo y en las investigaciones sobre el exilio liberal del s. XIX desde la perspectiva del exilio republicano del s. XX. Este vínculo justifica el título: se trata de la apreciación que sobre *Liberales y románticos* expresó a Llorens por carta (1919-1955) José Almoína, quien calificó dicho libro como “una especie de espejo retrospectivo de nuestra propia y desastrada figura o un ilusionado avatar anticipado...”

Los editores han reunido aquí trece artículos que han distribuido en tres secciones. En los tres del primer bloque (Homenajes a un maestro) los autores comparan ambos destierros y destacan las novedosas aportaciones del profesor de Princeton. Así, Salvador García Castañeda, profesor de la Ohio State University, (“La recuperación del exilio desde el exilio: el caso de Vicente Llorens”) presenta las semejanzas y diferencias entre *Liberales y románticos* (1954) y *Memorias de una emigración 1939-1945* (1975); mientras que el primer volumen se centra en el estudio de los emigrados españoles en Inglaterra y Londres durante el sexenio absolutista y la década ominosa, en el segundo Llorens describe el ambiente de Santo Domingo (Ciudad Trujillo) en el que durante los primeros años del exilio subsistieron tanto él como otros republi-



canos españoles emigrados a Puerto Rico, de los que aporta información precisa. En este contexto, García Castañeda distingue el significado de los términos ‘emigrante’ y ‘emigrado’ –éste, desterrado, aislado y mal adaptado, cuya producción intelectual ha perdido sus raíces y se ha quedado sin suelo, perdido en medio de la nada, sin destinatarios ni receptores.

En el segundo (“El *descubrimiento* por el exilio republicano de la *emigración* liberal: Pedro Grasses, Max Aub y Vicente Llorens”), el profesor de la Universitat de València Germán Ramírez Aledón, inventaría los pioneros que precedieron a Llorens en el estudio de los liberales expatriados, entre los que sobresale José Deleito, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Valencia, así como Manuel Núñez de Arenas y José Almoina, cuya aportación fue bastante menor. De la siguiente generación señala, como antecedentes, el trabajo del profesor Pedro Grasses –aporta su biografía, producción y relación epistolar con Llorens– y Max Aub –quien había publicado *La prosa española del siglo XIX*, sobre *Neoclásicos y liberales* (1952)–. Ramírez Aledón indica las motivaciones de Llorens para estudiar la emigración política de los liberales, explica el interés sobre Blanco White de Juan Goytisolo –muy criticado por Fernando Durán a causa de su interpretación personalista de la figura del liberal sevillano– y detalla las opiniones de Luis Monguió Primatesta, Claudio Guillén, José Fernández Montesinos y Juan Marichal.

En el tercero, el profesor de la Universidad de Cádiz, Alberto Romero Ferrer (“De los exilios liberales al exilio republicano. El destierro del escritor, una constante en la cultura española de los siglos XIX i XX: hacia Vicente Llorens”), enmarca la obra del profesor valenciano en el entorno de la generación republicana a la que perteneció, heredera de la tradición de estudios literarios que incluían autores reputados como heterodoxos, a quienes Llorens recuperó del infierno al que les había condenado Menéndez Pelayo.

La segunda sección (Aspectos de la obra de Vicente Llorens) comprende cuatro colaboraciones que analizan rasgos puntuales de su obra. En la primera, el profesor de la Universidad de Cádiz, David Loyola López, explica que la expatriación marcó tan profundamente a Llorens, exiliado a los treinta y tres años, que muy pronto se propuso elaborar una antología de la poesía española de todas las épocas sobre el destierro: *El desterrado y su mundo*, proyecto inconcluso que fue publicando por apartados –el profesor Manuel Aznar reunió algunos de ellos en *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Renacimiento, 2006–. En las páginas siguientes, Loyola reconstruye cuáles habrían sido los componentes de dicha antología y enumera los autores y textos que Llorens había tomado en consideración, comenzando por algunos fragmentos del *Cantar de Mio Cid* hasta incluir determinadas composiciones de finales del siglo XIX.

En la segunda, la investigadora alcoyana Yasmina Yousfi López, del grupo GEXEL-CE-FID de la Universitat Autònoma de Barcelona, tras describir aspectos biográficos de Llorens, detalla la recepción internacional que ocasionó la aparición de *Liberales y románticos*, según las reseñas que se custodian en su legado de la Biblioteca Valenciana. Se trata de las críticas y reseñas de Claudio Guillén, Dolores Sacristán del Vassar, Manuel Seco, James F. Shearer, Jaime Vicens Vives, Nicolás Sánchez Albornoz, Emir Rodríguez Monegal, Josep M. Miquel i Vergés, Ricardo Gullón, José F. Montesinos y Jorge Campos.

En el siguiente artículo, el profesor de la Universidad de Cádiz, Fernando Durán López, enumera “la retahíla de misivas” de sinceras felicitaciones que recibió Llorens por “el vínculo emocional que había trazado entre el exilio de 1823 y el de 1939” en su fundamental *Liberales y románticos*. A continuación, se centra en el estudio que sobre Blanco White llevó a cabo Llorens, teniendo en cuenta la documentación que sobre este trabajo obra en su archivo, con el propósito de cubrir tres objetivos: i) precisar el lugar que ocupó Llorens en la sucesión de aproximaciones a la obra del expatriado sevillano, ii) restablecer su proceso de investigación, y iii) determinar la imagen que de Blanco White hubiera fijado Llorens en caso de haber podido concluir su obra. Así pues, Durán se dedica a este personaje tan atractivo, “el más excéntrico y el más anómalo” de los emigrados del XIX, sobre

quien Llorens ya había impartido en 1959 un seminario en Harvard, y cuyo archivo logró comprar, con el concurso de Dámaso Alonso, para la Universidad de Princeton.

A continuación analiza el espinoso proceso de edición, traducción y publicación de *Cartas de España*, la obra de Blanco White que Antonio Garnica Silva publicó en 1972 con ayuda, supervisión y prólogo de Llorens, en cuya operación concurrieron diversas personas (Evaristo Correa Calderón y Fernando Lázaro Carreter por Anaya; Jaime Salinas y José Ortega Spotorno, más Jaime Gil de Biedma por Alianza), y finalmente Juan Goytisolo, quien ese mismo año publicó en Seix Barral la *Obra inglesa* de Blanco. Durán menciona los demás proyectos que sobre Blanco White se sucedieron a partir de los sesenta, como la *Antología* que sacó Labor en 1972, editada y prologada por el mismo Llorens.

En las últimas páginas de su documentado y apasionante artículo, da la clave de por qué el profesor valenciano no llegó a publicar un trabajo definitivo y concluyente sobre Blanco White: porque a lo largo de los años había reunido demasiada documentación, lo que “a la hora de componer una biografía se convierte en un lastre.” A Llorens le faltó “La articulación de un hilo argumentativo y narrativo”, un “empujón final para convertir las citas en un relato ordenado y con sentido”, ya que “el defecto de su inacabado trabajo sobre Blanco White es justo la descompensación del aparato documental, bien por citas, bien



por paráfrasis o resumen, y el adelgazamiento del discurso propio. Quizá esa falta de término medio le hizo comprender que su libro tendría que haberse escrito de otro modo para ser publicable.”

Termina Durán su contribución analizando la manipulación y el desvío que sobre Blanco White introdujo Goytisolo para ofrecer un nuevo prototipo de éste: “no tuvo empacho en presentar una imagen de Blanco White como impugnador y crítico de la Iglesia, de la religión y de la moral cristiana: de las tres cosas a la vez. Y esa es una manipulación más gruesa aún que las de don Marcelino, pues Blanco White criticó a la Iglesia Católica con ferocidad –y luego a la Iglesia de Inglaterra–, pero jamás impugnó la religión, y mucho menos la moral cristiana, sino todo lo contrario.” La conclusión a que llega es terminante: “Vicente Llorens puso las bases para una nueva lectura de Blanco White que en manos de otros se convirtió en otra máscara deformante.”

El profesor Manuel Aznar Soler cierra esta segunda sección con una extensa e interesante aportación en la que ha transcrito, editado y anotado las veinticinco cartas cruzadas entre Vicente Llorens y Juan Goytisolo a lo largo de una década (“Epistolario Vicente Llorens – Juan Goytisolo, 1968-1978. A propósito de José María Blanco White”). En las páginas introductorias elabora una síntesis de las relaciones que ambos mantuvieron, autorizadas con pasajes ilustrativos de dicha correspondencia, de los que se deduce la profunda ad-

miración y gratitud que siempre mantuvo el discípulo para con el maestro, quien le orientó mediante diversos análisis críticos y le aportó algunas observaciones eruditas, pese a la excesiva afinidad que Goytisolo se propuso establecer entre la figura de Blanco White y su misma estampa.

Los seis artículos que constituyen la tercera sección (Otras relecturas republicanas) están dedicados a presentar, describir y documentar algunos casos de relevantes exiliados que hasta ahora habían recibido menos atenciones, en los que resulta especialmente atractivo el diálogo que algunos de los autores de este bloque establecen entre los exilios de los dos períodos que a lo largo del libro se confrontan.

Así, en el primero de ellos, el profesor de la Universidad Complutense, Emilo Peral Vega, explica el interés que manifestó José Almoína por Goya (“José Almoína en Burdeos: un exiliado republicano tras los pasos de Goya”) en un artículo de fuerte carácter biográfico. Tras componer la semblanza de Almoína y describir la brutal represión de que fue objeto su esposa, Pilar Fidalgo, en la cárcel de Zamora, el autor le sitúa exiliado en Burdeos, en cuyo consulado dio con una sustanciosa documentación original que le sirvió para escribir en 1937 el ensayo que publicó en México en 1949, *La póstuma peripecia de Goya*: “destaca, ante todo, por ser un documento de enorme clarividencia en el establecimiento de una hilazón profunda entre el exilio republicano, del que Almoína era una de sus

primeras víctimas, y el exilio decimonónico padecido por los liberales un siglo atrás.”

Las siguientes colaboraciones, excepto el caso de Gilda Perretta, investigadora de la Universidad de Cádiz, son obra de miembros del grupo GEXEL-CEFID de la Universitat Autònoma de Barcelona. En el segundo artículo de este bloque, el profesor Ramón López García (“El exilio republicano de 1939 y José de Espronceda: Juan Chabás, Pedro Salinas, Joaquín Casaldueiro y Vicente Llorens”), expone el interés que la figura de Espronceda, extrañado en Inglaterra y Francia, despertó en otros exiliados de la guerra civil, como fue el caso de Juan Chabás, cuyas valoraciones sobre Espronceda “varían en función de la finalidad que se quiere dar al poeta, bien sea como referente político que puede contribuir al enaltecimiento de la resistencia española antifranquista, bien sea como parte de un análisis de los valores históricos y estéticos que se le asignan desde una perspectiva social en la historiografía literaria.” Para Salinas, por su parte, “Espronceda se integra en la cadena de razonamientos con los que el poeta desarrolla en el exilio su cosmovisión y poética.” A su vez, los comentarios de Casaldueiro se circunscriben sobretudo al componente romántico del autor de *El diablo mundo*. Finalmente, Llorens vinculó a Espronceda con el liberalismo de carácter progresista y relacionó su figura con la tradición cultural republicana “como un referente político invalidado cuya reivindicación pasa básicamente por su méritos

poéticos, cuestionando la fusión entre vida y poesía tan extendida en la crítica sobre el romanticismo.” López García concluye que “para Casaldueiro o Llorens, Espronceda sirve como medio para ponderar lo que consideran un factor importante de la derrota republicana de 1939.”

En el tercer artículo, el investigador Juan Rodríguez desarrolla cuál fue la imagen de Larra que difundió el periodista y escritor Paulino Masip (“Paulino Masip interpreta a Larra en dos tiempos y una prórroga”), teniendo en cuenta diversas fuentes, como la imagen que José Martínez Ruiz propaló del articulista madrileño en *La voluntad*, o la que dio a conocer Manuel Chaves Nogales. Rodríguez analiza el folletín popular de Masip “El suicidio de Fígaro” (biografía novelada de la serie *Historias de amor*) y lo contrasta con los artículos que cuatro años después (1937) le dedicó con motivo del centenario de su nacimiento: “lo que a Masip le interesa en este momento no es ya la historia amorosa del periodista, sino su preocupación ante la realidad social del país”. Rodríguez aduce que “La crisis de Larra se atribuye aquí a motivaciones políticas y sociales, al desencanto de un ideal que no encontró correspondencia con la realidad, y Masip equipara la lucha por la libertad que encarna el periodista madrileño con la que están llevando a cabo todos los escritores e intelectuales defensores de la República agredida.”

Gilda Perretta, en el siguiente artículo (“Exilio y discontinuidad histórica de Pe-



*rico en Londres* de Esteban Salazar Chabela”) presenta la biografía de este periodista y diplomático malagueño, otro de los olvidados, y analiza con todo detalle su novela *Perico en Londres* –que incomprensiblemente todavía no se ha reimpresso desde que se publicó en Losada en 1947–. Salazar, exiliado en Inglaterra –su esposa era británica–, incubó el proyecto de materializar un ambicioso ensayo sobre los españoles de todas las épocas extrañados en Londres, pero al no haberlo podido realizar según su intención, modificó su propósito por la novela que aquí analiza Perretta, en la que el personaje principal, Perico Mejía, alter ego del autor, se propone esa misma finalidad. La primera parte es más novelada, pero en la segunda el narrador interpola información sobre los españoles exiliados que viven en Londres: “la visión del exilio tiene que ver con el compromiso político e ideológico como elemento común a los emigrados políticos del XIX y a los republicanos del 39, y también como factor universalizante.”

En el quinto trabajo de esta sección, la investigadora de origen persa Behjat Mahdavi, especialista en Max Aub, aporta la visión que el autor de *El laberinto mágico* proyectó sobre el liberalismo del XIX (“El liberalismo decimonónico visto desde el exilio republicano español: Max Aub”), a partir sobretodo de sus juicios y de los autores que recopiló en *Neoclásicos y liberales*, los modernos afrancesados desterrados por considerarlos traidores, así como los primeros

románticos: “según él, tan liberales fueron, por ejemplo, Marchena –neoclásico– como Larra, partícipe de ambas escuelas”.

En el artículo que cierra este volumen (“De exilios, heterodoxias y diálogos: la tradición liberal de España según Juan Marichal”), la investigadora Olga Glondys explica los detalles de la relación entre Juan Marichal y Vicente Llorens, a quien acudía el tinerfeño para perfilar su investigación sobre el concepto de *liberal* a lo largo de la historia de España. Para ambos, “la tesis clave era que debía ahondarse en la herencia ideológica de Cádiz para reafirmar la esencia del liberalismo español, pero hacerlo –aquí Marichal seguía a Vicente Llorens– según su acepción original, vinculada a lo que podíamos definir como socialismo democrático, que para Marichal, y también para Llorens, constituía el legado español de mayor trascendencia política y moral de los dos últimos siglos.” En sus trabajos, Marichal consideró que los líderes políticos que defendieron la República durante la guerra civil, como Manuel Azaña y Juan Negrín, fueron los que mantuvieron viva la mejor tradición del liberalismo español. Glondys esclarece después las diferencias epistolares que sostuvieron Marichal y Aranguren a propósito del diálogo entre la España del interior y la del exilio, y termina comentando el sentimiento de expatriación de Unamuno, “el gran heterodoxo de su época” según le calificó José María Ridaó.

Los artículos de este libro vienen a completar el calidoscopio de aproximaciones

que se habían publicado antes sobre la novedosa aportación que en su día representó el estudio de la emigración liberal del profesor Vicent Llorens Castillo; aportan datos relevantes para considerar este confinamiento como antecesor del exilio republicano resultado de la guerra civil, y fijan la memoria de las desastradas figuras cuyas trayectorias se estudiaron en las conferencias de Barcelona y Cádiz, de donde proceden.

JOSEP PALOMERO  
*Acadèmia Valenciana de la Llengua*

### *Las vivencias y los recuerdos de Concha Méndez*

**ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma. Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas. Presentación de María Zambrano. Sevilla: Renacimiento. Biblioteca del Exilio, 2018. 186 pp., más 27 fotografías.**

Estas memorias son producto de unas grabaciones que Paloma Ulacia Altolaguirre, nieta de Concha Méndez (Madrid, 1898 – Ciudad de México, 1986), registró a su abuela durante algunos sábados alternos en México, donde vivía exiliada.

“Sobre las once de la mañana destapábamos una botella de jerez y, sin necesidad de preguntarle nada, de un cajón que tenía en su mesa de trabajo, sacaba unos papeles chicos y ordenados, que le servían de guía a su relato.” Como es habitual, la transcrip-tora ha suprimido pasajes irrelevantes y ha editado los fragmentos publicados “con la preocupación de respetar el vocabulario y los giros del idioma.” La entrevistada conoció el libro e introdujo algunas matizaciones. Según Ulacia, si la misma Concha Méndez no se planteó escribir su biografía fue porque consideraba que a sus contemporáneos les resultaban indiferentes tanto su persona como su obra literaria.

De los diecisiete capítulos del libro, solamente los seis últimos están dedicados al exilio. Los anteriores también resultan muy interesantes, porque en ellos la joven creativa, feminista y transgresora que fue Méndez, explica detalles del ambiente cultural madrileño del período de entreguerras relacionados con su vida, que discurrió en paralelo con los acontecimientos políticos de España. Méndez fue una divertida agitadora cultural y una persona audaz e intrépida, una de las escritoras modernas y pioneras que, como María Zambrano, Rosa Chacel, Ernestina de Champourcín, María Teresa León o la pintora Maruja Mallo, pertenecieron al mismo mundo que la masculina Generación de 1927, de la que la historia literaria las ha excluido. Novia de Luis Buñuel, fue amiga, entre otros, de Federico García Lorca, Salvador Dalí, Rafael